

EL OBRERO MUNICIPAL



Pídase en la Secretaría número 25,
de siete a ocho de la noche,
Casa del Pueblo, Piamonte, número 2

ORGANO DE LA AGRUPACION DE OBREROS MUNICIPALES, SIMILARES Y AFINES

Año 1

Madrid, 1.º de Mayo de 1922

Núm. 7

La correspondencia será dirigida
al compañero
A. GIL DE CHAVES

Número extraordinario dedicado al Primero de Mayo

PRIMERO DE MAYO

En esta fecha, aproximadamente, se cumple el primer aniversario de la fundación de nuestra Agrupación de Obreros Municipales, integrada por diversas secciones, algunas de las cuales ya estaban en la Casa del Pueblo y llevaban años constituidas en el principio de la lucha de clases. Comprendiendo que la concentración del capital y su constante preponderancia sobre el Estado y los organismos oficiales exigía la concentración del trabajo y la más fuerte solidaridad entre todos los explotados, este organismo se halla unido a los demás trabajadores del mundo por medio de la organización sindical internacional.

Al coincidir con esta fecha de 1.º de mayo, en la que el recuerdo de las víctimas que la autoridad burguesa ha sacrificado en aras del dios autoridad, durante un período de crueldad desenfrenada, en que se apeló a todos los procedimientos para aniquilar la organización y ahogar en sangre la conciencia revolucionaria de las admirables masas laboriosas, sentimos fortalecida nuestra convicción de hombres de ideas al ver cómo a través de la suspensión de las garantías jurídicas inherentes a la personalidad humana y social, a pesar de las deportaciones, ley de fugas, disolución de sindicatos y persecución de sus elementos directivos, hasta llegar con ellos al asesinato, como si aun fuese poco el encarcelamiento y la infame conducción por carreteras, con tratos más adecuados a bestias feroces que a hombres que no cometieron más delito que luchar por una idea de emancipación y de progreso; a pesar de todo ello, repetimos, la organización obrera sobrevive una vez más al vendaval devastador que quiso en vano aniquilarle.

De la prueba hemos salido quebrantados; pero la voluntad consciente en la victoria, fortalecida por el ejemplo del heroico del proletariado ruso, es la que nos hará llegar hasta el final.

Estos tres años de represión, análoga a la sufrida por los trabajadores húngaros durante el terror blanco de Horty, que determinó el boicot internacional, quedarán grabados con sangre en la conciencia del proletariado.

Y mientras tanto, los hijos de los obreros siguen derramando su sangre en Africa por una tierra que no les pertenece ni va a ser para ellos, por un capricho de la fatalidad dinástica y los intereses de unas cuantas empresas capitalistas explotadoras de las minas africanas.

Se destroza la juventud, arrancándola del taller, de la fábrica y del estudio.

La clase capitalista, para equilibrar su economía, después que ella fué la causante de la gran guerra, de sus veinte millones de víctimas y de la destrucción de la producción creada con nuestro esfuerzo, plantea en todo el mundo la rebaja de salarios. Ayer nos hablaban de sacrificios comunes y de patriotismo.

Hoy, ante la mundial bancarrota, se quiere salvar los privilegios de los explotadores sobre los explotados productores, entrando la lucha de clases en un franco período revolucionario de Guerra social.

Estas banderas que vemos hoy en las calles, y que desfilarán en todos los pueblos del mundo, tienen el simbólico encanto de un campamento en vísperas de una gran batalla, cuyo triunfo ha de ser la paz perpetua, la clase única de productos emancipados del salario, la herencia a nuestros hijos de un mundo social de *justicia y de igualdad*, como el que construyen los camaradas rusos sobre las ruinas de la envilecida civilización zarista.

ción zarista.

Ni rebaja de salarios ni aumento de jornada.

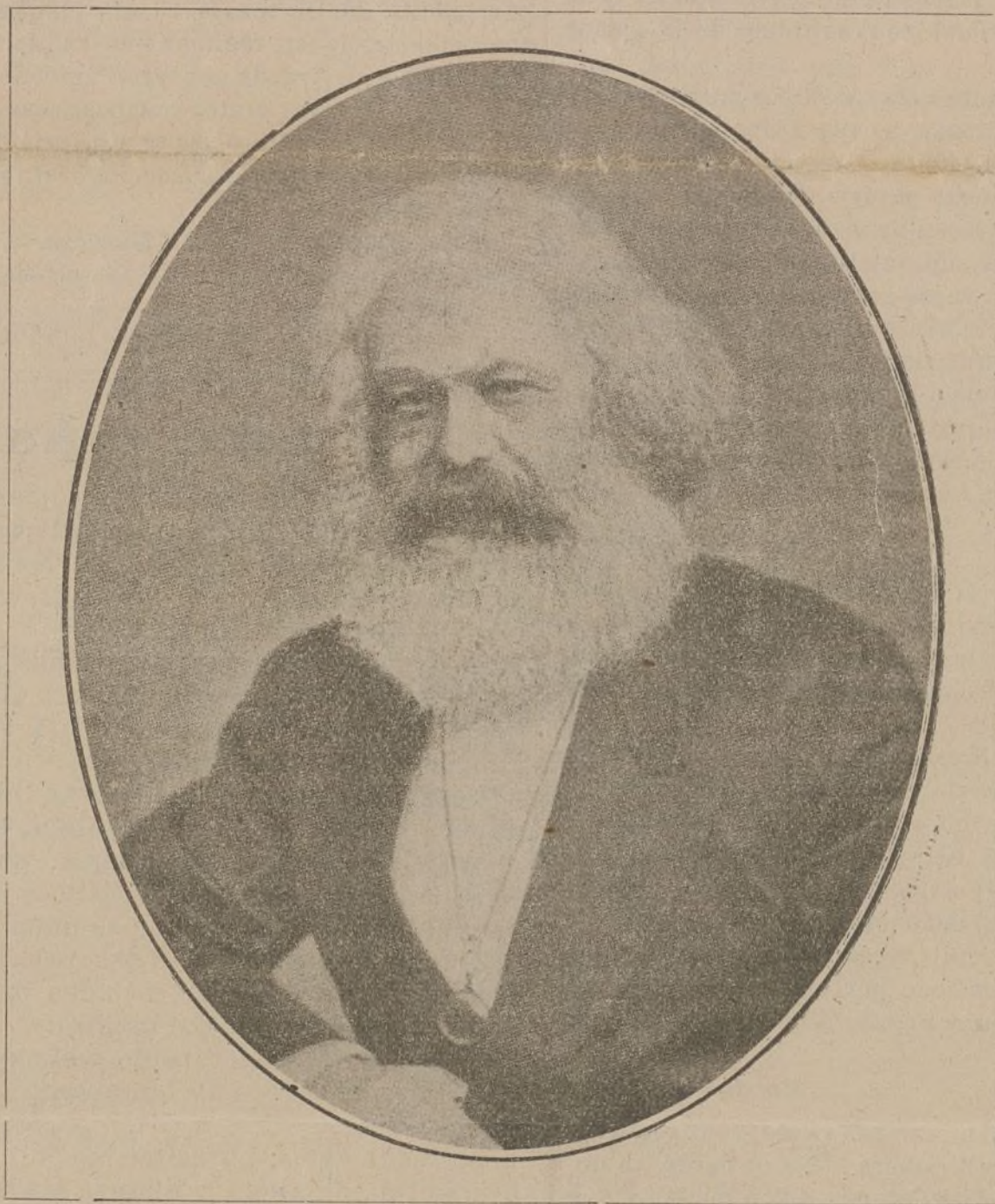
Ante el mundo burgués coaligado, el mundo de los explotados derribando las fronteras, terminando con la intervención militar en Africa, uniendo a los oprimidos para derribar el capitalismo criminal, creando, en fin, una sociedad que distribuya por igual los frutos del esfuerzo colectivo de la masa obrera y socialice los instrumentos de producción y de cambio.

¡Abajo las guerras capitalistas!

¡Viva la acción común del proletariado para su emancipación!

¡Viva el Primero de mayo!

Carlos Marx



Nació Carlos Marx en Alemania en el año 1818, cuando la Humanidad se debatía entre las sombras del absolutismo monárquico y sobre la moderna economía individualista se cimentaba la sociedad burguesa.

Las Universidades de Bonn y de Berlín fueron los principales centros donde hizo sus estudios, ampliados en todos los sectores de la Ciencia, y especialmente de la Economía, en la cual el genio de Marx concentró todas las actividades

de su cerebro prodigioso. Era hijo de padres judíos, pero ya desde muy joven no profesaba ninguna religión.

El que al principio fué considerado como joven Hegeliano, pronto se distinguía por sus nuevas orientaciones en la Filosofía, atribuyendo más que a la educación, cultura, estructura moral del hombre, sus actos, como una consecuencia del albedrío a la voluntad consciente, pero expresando las necesidades que como imperativos la determinaban. Fué

doctor en Filosofía a los veintitres años; viendo las dificultades que su amigo Bauer encontró para ingresar en el Profesorado, se dedicó a la propaganda más activa, llevando desde este instante la vida de un proscrito, cuya obra constante ha sido el monumento más formidable, la crítica irrefutable contra la sociedad capitalista.

Colaboró en el *Rheinische Zeitung*, que dirigió más tarde, y que fué suspendido en 1843. Perseguido en Alemania, emigró a París, donde se dedicó al estudio de la Economía y del Socialismo, haciéndose socialista.

El Gobierno prusiano pidió al francés su expulsión, teniendo que marchar a Bruselas, donde escribió *La miseria de la Filosofía*, ingresando en 1847 en la Federación Comunista, y el 48 redactó, con su compañero Engels, el Manifiesto Comunista. Preso, expulsado de Bélgica después de la revolución del 48, fué a París, desde donde marchó a Colonia; funda nuevamente el *Neue Rheinische Zeitung*, cuyos redactores fueron presos y expulsados—él corrió esta última suerte por haber perdido la nacionalidad, Marx era ciudadano del mundo—. Compareció ante los Tribunales de Justicia, ante los que defendió la tesis de la Revolución.

Residió nuevamente en París, donde tomó parte en los movimientos políticos, actuando como revolucionario, hasta verse obligado a trasladarse a Londres, donde fijó su residencia. Allí combatió no solamente con los economistas de la libre concurrencia y la economía burguesa, sino con el factor económico individual, llegando la miseria y el hambre a invadir su morada, sufriendo las más grandes estrecheces, lo cual no le hizo ni un momento abandonar sus trabajos. En 1864 contribuyó a los trabajos para la formación de la Asociación Internacional; así, cuando llega la *Comune*, la Internacional no puede vivir en Europa por la persecución de todos los Gobiernos, ante el temor de que el proletariado, como en París, se apodere de los Estados capitalistas.

En el Congreso de La Haya trasladó la Primera Internacional de los trabajadores su Consejo a Nueva York, donde vivió alejado de los movimientos políticos, pero en constante contacto con los principales jefes de las organizaciones obreras de todos los países.

Su obra fundamental es *El Capital*.

En sus afirmaciones de lo que pudiera llamarse la economía pura, se sienta el principio de que cualquier forma de pro-

ducción subsistente en la vida del hombre será la base de toda producción el trabajo humano. Distinguiendo los valores en valores de *uso*, por sus propiedades naturales y valores de *cambio*, los objetos o mercancías confeccionados por el trabajo que son destinados al consumo de personas distintas de aquellos que los produjeron, son valores de cambio.

Constantemente pasará la producción por esta ley. Eternamente, así como se consume, habrá que reproducir lo consumido; de aquí que el que no trabaja no tiene derecho al consumo; por lo tanto (excepto los ancianos, los niños, los débiles, los inútiles físicamente), el que no produce no tiene derecho a consumir: tiene que producir o eliminarse.

Estudia las formas sociales diversas producidas por diversos y relativos procesos de producción, citando las tres principales donde se han basado las formas jurídico-sociales y los diversos estados culturales y políticos: la producción corporativa de la época feudal, la manufactura y la gran industria.

Y en este último, que es el que vivimos, tiene una importancia capital la maquinaria, que en el régimen capitalista es un medio de opresión y de anulación para las facultades intelectuales del obrero, cuando en el sistema de producción en que el proletariado sea dueño de los instrumentos de trabajo, sólo los empleará como una ayuda que disminuya su esfuerzo, pero que no aumente su jornada.

Concepción materialista de la Historia

Para todo lo que ha sido hasta el presente realidad, se encuentra en la Historia su razón de ser. Nada hay en la Historia eterno ni absoluto, definitivo ni sagrado; en todo está demostrado que el pasado fué distinto al presente, todo fué una constante serie de revoluciones que transformaron la vida de las sociedades; formidable alegato en pro de que la sociedad presente se transformara, por estar sometida a la misma ley de *devenir* que las pasadas.

La Revolución Francesa fué el resultado de una lucha entablada desde la Edad Media entre la burguesía y el feudalismo. Desde 1830, la lucha de la burguesía contra la clase obrera; y ante esto, Marx exclama: «Siempre ha existido una lucha de clases, y no solamente en la vida política, sino *toda la vida* es una consecuencia de la lucha de clases, arraigada en la organización económica de cada época. La religión, la ciencia, el arte, la idea, todo es como una superestructura social, cuyas causas están en las circunstancias económicas de cada momento.»

En la última parte del capital, Marx analiza la sociedad capitalista. El obrero vende en el salario su trabajo, convertido en mercancía, que el patrono vende de nuevo obteniendo un plus, valor que no vuelve al obrero, que tiene a la vez que adquirir medios de consumo para subsistir, pagándole de nuevo lo que fué producido a un precio superior al coste de su confección. El capital no es más que trabajo acumulado en manos del capitalista, cuyo valor no vuelve a las de los que lo produjeron. He aquí la explotación.

La propiedad privada capitalista expulsa, según dice Marx, a la propiedad trabajada por el hombre.

La expropiación se ejecuta con un vandalismo sin piedad, con las pasiones más infames, sucias, odiosas y menudas.

Tan pronto como el proceso transformador ha destruido en profundidad y extensión a la antigua sociedad y el trabajador se ha convertido en proletario, alcanza la expropiación capitalista otra forma.

La expropiación de los capitalistas por los trabajadores, en virtud de leyes inmanentes de la producción.

Cuanto más poderosos, mayor será el número de los miserables. El capitalismo es hoy dura cadena que degrada, y se hace insufrible la explotación del hombre por el hombre, aumentando el furor de las clases obreras. Se acerca la hora de que los expropiadores se conviertan en expropiados.

A. G. CHAVES

Soliloquios

De una monja

«Cuando en las soledades de mi celda hago verdadero examen de conciencia, reconozco que soy una negación absurda de la Naturaleza.»

«Vine al convento muy joven, sin conocimiento del mundo, impulsada por una educación rutinariamente religiosa y por los estímulos de una familia imbuida en los mismos principios. Hice votos eternos, anulando por completo mi personalidad. Creía que tal sacrificio constituía el ideal supremo de la perfección...»

«Hoy, cuando a través de los muros que me aprisionan llegan a mis oídos los rumores mundanales, rumores en que distingo coloquios de amantes parejas, risoteo de niños que juegan y besos de madres que los acarician mi fe flaquea, mi inteligencia se esclarea y una voz secreta me grita que el verdadero pecado es substraerse a las luchas de la vida y burlar los tantos designios que la Naturaleza creadora señala a la mujer.»

«No, no es justa una organización social que sostiene la clausura conventual como dechado de perfección moral!»

De una solterona

«Soy pobre; tengo treinta años... corridos la madre Naturaleza no ha derramado los dones de la belleza sobre mí; estoy condenada, por tanto, a la socorrida misión de «vestir imágenes»...»

«Los hombres huyen de mi lado; las mujeres se burlan de mis imperfecciones físicas...»

«Sin embargo, soy mujer; esto es, tengo corazón, tengo nervios, tengo sensibilidad... y mi destino es ser consumida por la anemia o por las depravaciones del placer solitario.»

«¡Maldita mil veces una sociedad que me elimina de su seno por el solo delito de estar privada de una regular dote y de belleza plástica!»

De una prostituta

«Para los moralistas al uso, sólo merezco el dictado de vil ramera... No recuerdo ahora si fué uno de esos Catones quien me lanzó a este infierno..., que ellos llaman también «válvula de la fidelidad conyugal» y «exclusa de los apetitos sensuales de los jóvenes más o menos precoces»...»

«Tengo aún pocos años, y mis encantos son rico filón para mi Celestina... Verdad que soy esclava; pero visto sedas y no tengo mala mesa.»

«Después... ¡ah!, cuando mi cuerpo sea piltrafa despreciable, inútil hasta para el estudio del respetable sífilógrafo, ya sé cuál será mi destino: el arroyo, a caza de hombres por unas cuantas perras, y el hospital para morir en un camastro...»

«Y digo yo en mis ratos de lucidez, e ilustra-

da por el roce con personajes de campanillas—políticos, magistrados, ricos burgueses, hasta sociólogos:

«¿Puede llamarse verdaderamente civilizada una sociedad en que una parte del bello sexo, como nos llaman los poetas, empujada por la miseria muchas veces, otras por las asechanzas libidinosas del hombre, haga comercio de su cuerpo y sea al propio tiempo motivo de oprobio de sus semejantes?»

«¿Tan imbéciles son los hombres que no sepan ni quieran concluir con esta ignominia?»

De un hombre de ciencia

«Los reaccionarios proclaman la bancarrota de la Ciencia. ¡Mentira! Lo contradicen sus conquistas imperecederas en bien de la Humanidad; su condenación de este régimen social, próximo a desaparecer; ese anhelo de las muchedumbres por substituir las ceguedades de la fe por los resplandores de la razón.»

«Rompáanse las ligaduras que todavía aprisionan la Ciencia, y ella transformará el mundo, haciendo de los hombres hermanos y de la tierra el verdadero paraíso.»

De un pedagogo

«Cuando los antagonismos sociales desaparecen; cuando los privilegios de unos pocos no tengan como válvula de seguridad la ignorancia de la multitud, la ciencia pedagógica brillará en todo su esplendor. Sólo entonces podrá cumplir su misión educadora, estudiando y cultivando las aptitudes de los ciudadanos, haciendo una verdadera selección de las actividades individuales y dando como resultado un armónico conjunto que hoy sólo vislumbramos en las lejanías del horizonte social.»

De un artista

«El Arte, síntesis suprema de la Belleza en sus múltiples manifestaciones, no puede cumplir su apostolado de cultura en una sociedad donde la miseria y la ignorancia son el único patrimonio de las masas. El día en que esos dos baluartes de este régimen social se derrumben, el Arte dejará de ser privilegio de una pequeña minoría, y al universalizar sus exquisiteces, la actual naturaleza semisalvaje de los hombres sufrirá transformación profunda y bienhechora...»

«¡Arte, Ciencia, Trabajo!... Hermosa trilogía que tendrá pleno imperio en la sociedad del porvenir.»

M. GOMEZ LATORRE

Un año más

Un año más desfilarán las rojas banderas, seguidas de los trabajadores, de estos trabajadores que rinden las fuerzas de sus brazos para no vivir, mientras los más viven sin trabajar.

Las rojas banderas, las enseñas idealistas del trabajo, desfilarán por las urbes del mundo en protesta de la situación social del trabajador.

Desfilarán esas rojas banderas llevando en sus letreros puesta el alma, el espíritu viril de los trabajadores, porque esos paños rojos con sus artísticos letreros cobijan a los seres que se unen para defender los DERECHOS del trabajo; de esos derechos hollados, vejados por los avarientos oligarcas del capital.

La lucha del proletariado y el capital, ya añeja, avanza muy lentamente debido a la inconsciencia, casi parásita de nosotros mismos; parasitismo en el que el capital se jalona y afianza cada día más, restando los derechos del trabajador.

Hay que luchar, trabajadores; hay que luchar para que esas rojas banderas, ese emblema de nuestros ensueños sean honorificadas, sean colocadas en el sitio que en la sociedad les corresponde por justísimo derecho.

Un año más con la esperanza del mañana..., de ese mañana, en el que nacerá potente y lleno de vitalidad la LIBERTAD DEL TRABAJO,

RAFAEL SAENZ

1.º mayo-922.

Nuestra fe en el ideal

Los que desde nuestra infancia hemos vivido la historia del partido socialista sabemos cuánto trabajo costó el ir infiltrando en el cerebro de los trabajadores el ideal socialista. En otros países esta labor fué más fácil realizarla, primero, por su desarrollo económico, que lleva consigo una superior cultura de todas las clases sociales; después, porque la propaganda teórica la han hecho los intelectuales, que, más sensibles que los nuestros, con una comprensión más clara de los problemas del porvenir, se han entregado en cuerpo y alma a la divulgación del socialismo. Aquí, no; aquí hemos tenido que hacerlo todo los pobres obreros manuales. Y cuando los intelectuales se han acercado al proletariado para proporcionarle las enseñanzas ideológicas de su superior saber, salvo las excepciones de justicia, por su mal comportamiento posterior han sembrado una gran desilusión y escepticismo en las masas obreras. La lucha de clases, a pesar de ser un hecho claro del régimen capitalista, no lo han comprendido nuestros intelectuales, y costó mucho trabajo hacérselo comprender a los trabajadores.

Sin embargo, los que hemos llegado al ideal a través del dolor y del sufrimiento humano, por las imperfecciones del régimen capitalista, jamás hemos perdido la fe en él, ni en los momentos de crisis se ha entibado nuestro ferviente entusiasmo, porque en los hechos que se producían encontrábamos siempre el mejor sostén de nuestros optimismos.

Cuando se produjo la maldita y cruel guerra europea, la burguesía, por espíritu de incompreensión, se apresuró a vaticinar la bancarrota del socialismo. ¡Cómo si el socialismo, que es la expresión de un anhelo de justicia que sale del corazón de los oprimidos de todas las épocas de la historia que ha vivido la Humanidad, pudiera fracasar! Así como el hombre hereda de sus progenitores sus imperfecciones morales y los gérmenes de degeneración, adquiridos en el vicio unos, en el excesivo dolor otros, lo mismo las clases sociales se transmiten históricamente unas a otras la historia de su dolor y de su sufrimiento, y también las enseñanzas que la lucha por la libertad les produce, para seguir el mañana siempre adelante en busca del camino soñado, en el que el único ideal que predomine en el corazón del hombre sea la fraternidad, como expresión del sentimiento de solidaridad y de justicia que emana del ideal socialista.

Y a pesar de cuanto dijeron contra el socialismo durante la guerra europea, ese ideal fué el motor espiritual de todos los hombres-cumbres del pensamiento humano; y al terminar la guerra, la Humanidad, oprimida, sigue cifrando sus esperanzas, para conseguir su redención, en el socialismo. Y es que el hombre puede falsificar el ideal e interpretarlo torcidamente, según convenga a sus inclinaciones espirituales o a sus conveniencias sociales, los fenómenos históricos que se producen y tienen su asiento en las realidades económicas de la vida; pero lo que no puede hacer es desviar el curso de la Historia, que sigue su camino, desdeñando la resistencia del hombre, creando unas fuerzas hoy que destruyan las de ayer; otras mañana, que destruirán las de hoy; y así, sin interrupción, contando con la colaboración científica de los hombres de más claro entendimiento y de mejor corazón, camina la Humanidad al socialismo, sin darse cuenta de ello.

Lo principal para tener fe en el ideal, es tenerla primero en la vida y quererla y amarla, no sólo para vivirla en la satisfacción grosera de los placeres materiales, sino en los deleites del espíritu.

Conocer el dolor, haberlo vivido, es lo que luego da gusto al placer, da mayor relieve a las sensaciones espirituales que se perciben. Luchar con tenacidad y constancia por la causa de la justicia, tener el presentimiento de la derrota y luego verse coronado con la victoria, representa el placer más grande del espíritu humano.

Y nosotros tenemos fe en el ideal porque hemos vivido y seguimos viviendo el dolor humano; porque vemos a la Humanidad postrada, sometida, atormentada aún por la injusticia brutal de los poderosos de la Tierra, y la vemos luchar desesperadamente, cayendo vencida hoy, levantándose mañana, pero acrecentando siempre su fuerza y poder, avanzando en el camino del progreso, aproximándose siempre al triunfo de sus ilusiones justicieras. Y esto nos anima y nos da aliento, confortando nuestro espíritu. Y cuando llegan los momentos de crisis, porque en el ambiente social se presenta un nubarrón que parece que amenaza con destruirlo todo, nosotros, los convencidos, aguardamos serenos y confiados a que pase la tormenta, a que descargue la nube, para ver con toda claridad qué alcance han tenido los destrozos producidos en el campo de la actividad socialista, para emprender de nuevo la tarea de reparar los desperfectos y caminar de nuevo hacia el porvenir, iluminados por el ideal.

Es una ley física que se cumple también inexorablemente. El hombre tiene en su espíritu las mismas tormentas pasionales que la Naturaleza. Y van y vienen, siguiendo las corrientes sociales, lo mismo que las del mar, unas contra otras, destruyéndose y atropellándose, lo mismo que el viento huracanado, que parece arrasarlo todo; pero todo pasa, y el mar y el viento vuelven a quedarse en calma, y la vida, amenazada, triunfa de las olas del mar y de la tempestad huracanada del viento, y la humanidad emprende de nuevo su camino y llega al fin que se propone.

Escisión del Partido Socialista, división de la clase trabajadora, socialistas, comunistas, anarquistas, sindicalistas, todos, unos contra otros; risas sarcásticas de la burguesía, que, por imbecilidad, por bellaquería de su espíritu insensible, ríe idiota y gozosamente estas querellas nuestras, pensando en que mientras nos pegamos unos a otros, ellos viven tranquilos explotando nuestro esfuerzo. ¡Bah! Todo eso no es nada. Lo único cierto es que cada vez hay más ambiente socialista en el mundo entero, y que cada 1.º de mayo que pasa es un año que la Humanidad avanza hacia la satisfacción de sus anhelos, que no son otros que llegar al régimen justiciero del socialismo. Las instituciones burguesas hicieron quiebra definitiva. No responden a las necesidades morales y materiales que siente la Humanidad. Nadie cree en su justicia ni en su religión: todo lo tienen perdido. Constancia y fe es lo que hace falta que tengan los trabajadores.

Perseverancia en la lucha. Lo demás, ¿qué importa? De estas crisis, que son pasajeras, se triunfa fácilmente; acaso sean una lección conveniente para el porvenir. Los hombres que tenemos la seguridad de triunfar de la tiranía burguesa, ¿cómo hemos de temer a estas crisis momentáneas, que son la consecuencia lógica del exceso de ilusión idealista concebida por los espíritus más románticos y soñadores de nuestra clase?

¡Adelante! ¡Adelante! Sigamos nuestro camino. ¿Que dónde está el fin? En el socialismo: no hay duda.

MANUEL CORDERO

La visión del obrero municipal es capacitarse en la organización, para convertirse al Ayuntamiento burgués en Ayuntamiento obrero.

PROBLEMA ESENCIAL

Muchos son los problemas que una buena organización de los obreros municipales tendrá que resolver en orden al interés de su Clase e incluso en interés del vecindario madrileño.

En casi todos los servicios municipales se hallan planteados los mismos vicios y corruptelas que redundan en perjuicio de los propios obreros y en el del propio Municipio.

La forma de entrar al servicio del mismo cuantos hayan de necesitar en sus múltiples menesteres, la forma de realizar la labor a éstos encomendada para que desaparezca el concepto que hoy generalmente se tiene de los mismos, el lograr una retribución suficiente que permita a éste atender decorosamente las necesidades cada vez mayores de la Clase, el respeto y la consideración de la mayoría de los jefes y jefecillos que los vienen tratando de modo desconsiderado y despótico, la estabilidad en el trabajo, la forma de tramitarse las faltas de aquellos que las cometen de modo que resulte una garantía para los que cumplen con su deber y que aun con esto sufren castigos no siempre justificados y, por tanto, depresivos e injustos; en suma, imponer un procedimiento que sea garantía de la justicia que debe hacerse en cada caso, regularizar los derechos pasivos que adquieren y aumentarlos en la proporción necesaria para que puedan atender la vida de achaques lograda como consecuencia del trabajo y de los años.

Todos estos problemas y algunos más tiene necesidad de estudiar forzosamente una organización bien orientada y que responda a los fines que le son precisos a todos los obreros conscientes y que, como tales, se preocupan de lo que de modo primordial les interesa.

Pero para estudiar estos problemas y darlos el cauce debido, lo primero, lo necesario, lo indispensable que deben procurar es tener una organización fuerte, no ya sólo por el número de sus componentes, sino por la capacidad de los mismos.

La situación actual nos revela la existencia de dos organismos en los cuales se hallan seguramente la mayor parte de los obreros municipales y que, por causas que no hemos de entrar a examinar, existe cierto divorcio, cierta tirantez, que da por resultado la esterilización de muchos de los esfuerzos que, unos por un camino y otros por otro, realizan.

Muchas veces hemos meditado acerca de los medios que pudieran dar por resultado la fusión de estos elementos que estimamos de imprescindible necesidad, de urgente necesidad, que lleguen a inteligenciarse.

En este sentido hemos hecho labor, con poca fortuna hasta la fecha.

Si lograramos que una gran parte de los componentes de ambas organizaciones se interesase vivamente por resolver este problema, consideraríamos haber cumplido un deber, y ello sería un triunfo cuyas consecuencias se dejarían sentir inmediatamente.

Por ello estimamos que lo que debe preocupar más hoy y todos los días a cuantos se den cuenta exacta de este

problema, es el de estudiar el medio, el poner en práctica el procedimiento que dé por resultado el que los elementos obreros del Municipio madrileño estén cobijados bajo una sola bandera, que tenga por lema y por aspiración las palabras de Marx: «La emancipación de los trabajadores es obra de los trabajadores mismos». Trabajando en este sentido es como mejor se honra al Maestro y como se enaltece el Primero de Mayo.

EDUARDO ALVAREZ HERRERO

Abril, 22 de 1922.

Apuntes de historia del Socialismo

Así la Revolución Francesa derribó el clero y la nobleza cuando estorbaban al desenvolvimiento de la burguesía.

«A lo largo de las anchas calles, abiertas por los intendentes reales, se construyen espléndidas casas y se figuran la Revolución como una amplia avenida por donde podrán pasar los obreros libremente y con la cabeza levantada.» Estas eran las vanas promesas con que el nuevo régimen prometía dignificar al proletariado, contra el cual tendría que luchar para conservar sus privilegios.

Marsella fué un centro de actividad burguesa de todo el Mediterráneo hacia Oriente. La burguesía, entonces, no tenía que temer al proletariado; su explotación no era comprendida, ni tan refinada como lo fué después.

El sistema gremialista impedía el desarrollo industrial y la clase rica odiaba tranquilamente a la nobleza, al clero y al rey, sin que las inquietudes de un movimiento proletario la distrajeran su atención.

La burguesía era acreedora de la monarquía, del clero y de la nobleza, y temía que una bancarrota, debida al poder personal del rey, amenazara sus riquezas. Por eso, los ricos fraternizaron en las barricadas con obreros que no llevaban a la vez la noción real de que habían de ser sus inhumanos victimarios.

El maquinismo empezaba a sacar las mujeres de sus trabajos domésticos. La burguesía prefería mujeres, y quejábale Roland de que en ciertas fábricas de la región lionesa estuviese prohibido por los reglamentos el trabajo femenino, y exclama ingenuamente con una mezcla de hipócrita sensiblería y cálculo comercial: «Dejemos al sexo débil y desgraciado buscarse la vida con trabajos que, si hubiera mejores costumbres y mejor policía, se les asignarían. Sobre todo porque más tímida, más fácil de contentar, trabajaría más barato.» Y si se tiene en cuenta la masedumbre, que la influencia clerical ejercía y ejerce aún en sus conciencias, se explica cómo la burguesía, aun cuando naciente, quisiera separar el altar del trono para que le faltase su fuerza, pero utilizaba la masedumbre cristiana para explotar impunemente a las obreras.

Y Roland era un demócrata, un defensor del pueblo. Para la nobleza comercial era un desdoro; para la burguesía, su ascensión al rango de clase dominante; así la ruptura entre presente y pasado se acentuaba más considerablemente hasta aproximarse el choque.

En Lyon, la nobleza y la burguesía parecieron pactar una especie de unión, pues mientras los ricos se engrandecían con sus formidables industrias, la nobleza tenía necesidad de sustentarse ante las nuevas leyes económicas que iban a regir al mundo. En París, las crisis de trabajo no eran tan formidables; no se conocían huelgas ni sediciones, según explica Mercier; pero, en cambio, en las postrimerías del siglo XVIII, en Tours, Roaune y Lyon, las luchas entre obreros

y burgueses comenzaban a esbozarse, aún no caído el régimen absoluto.

Rudos fueron los choques en cada una de las grandes ciudades industriales. En las primeras huelgas del siglo XVI, entre los impresores se había registrado la primera huelga, tan formidable y extensa como las de nuestros tiempos.

Copiemos de Hauser, en su libro *Obreros del tiempo pasado*, este dramático cuadro: «El 1.º de mayo de 1539 los obreros impresores han dejado sus tareas, como se dice en la disposición real que los sentencia: Se quejan de que son insuficientes los salarios, y, sobre todo, de que los maestros les dan muy mal de comer; se quejan de que se les impongan costumbres nuevas de obediencia mecánica y estricta.»

Proclamada la huelga por los tipógrafos, se organizan militarmente en compañías de taller para intimidar a los maestros a la vuelta parcial al trabajo.

Los patronos alegaban, cómo no, la burguesía es cínica y embustera, tanto en su formación como en sus ocasos como clase dominante.

Se retiró a los obreros el derecho de coalición, volvieron a recurrir los patronos lyoneses a las autoridades, y el decreto real de 28 de diciembre de 1541 contra los obreros afirmaba el derecho de los patronos a despedirles libremente y desechando todas las mejoras. ¡Qué cambio se ha operado en el mundo tan grande! ¡Qué diferencia de aquel ayer tan tenebroso a la clara visión que hoy día tiene la clase trabajadora de su misión histórica, como factor primordial de la civilización que ha de sustituir al capitalismo, trazando nuevas rutas hacia un ideal de justicia social donde el hombre perciba el producto de su trabajo sin la miserable explotación que acumula el esfuerzo en manos de unos cuantos privilegiados, sumiendo a la clase trabajadora en el hambre y la miseria! ¿Qué vida arrastrarían los obreros si los sueños de opresión del capitalismo se realizasen y los obreros sin organización, dispersos, contratasen libremente y fuesen despedidos al capricho de sus amos?

La burguesía no respetaría ni sus conciencias ni sus convicciones, para lo cual no hay más que recordar las condiciones de las fábricas de Lyon.

Los impresores trabajaban desde las cinco de la mañana hasta las ocho de la noche y producían de 3.000 páginas en adelante. Esto no debe hacernos dormir sobre los laureles conseguidos después de siglo y medio; las clases capitalistas, a la menor debilidad de la organización, volverían al estado primitivo; pero si aquellos obreros mantenían una huelga de tres meses, en pleno régimen de monarquía absoluta, hoy día la semilla bienhechora de las ideas marxistas, hasta 1834 desconocidas, la labor de la Internacional arraigaría cada vez más en la conciencia de las masas, alzarían como un solo hombre a los oprimidos, y, muerte por muerte, preferirían el sacrificio de algunos en las calles y en los campos que la vuelta a la lóbrega cárcel del pasado.

De nada valieron las órdenes del rey, siervo de aquella misma burguesía, que después lo llevó a la convención. Los obreros se coaligaron nuevamente.

G. DE CHAVES

Para las organizaciones obreras del Ayuntamiento de Madrid, excepto para nosotros, el 1.º de mayo nada representa; no les ocupó su atención la proximidad de la fiesta del trabajo. ¿Qué tenían ellos que ver con eso de la manifestación internacional? La Agrupación de O. M. E. ya pidió y obtuvo que no fuese una excepción el obrero municipal. No hay más que dos caminos: enfrente de nosotros o con nosotros y con toda la clase trabajadora mundial.

¡El poema del saludo!

Hoy, 1.º de mayo de 1922, Fiesta del Proletariado Universal, dedico este poema, besos de mi Alma repleta de Ideal, a todos los Trabajadores del Mundo, que tienen heridas sus frentes por la corona de espinas de la Honradez.

Vuestro aun en la Muerte,
Burgos Lecea.

¡Amado sea el poema que nace del Corazón,
besado continuamente por el Cerebro,
viajero triunfante hacia el Bien!

Trabajadores... Trabajadoras:
Yo os saludo con la Alegría del Beso que fe-
cunda,

del Beso que engendra,
del Beso que señala en el caos de la Vida
Humana que ahora sufrimos
la cariñosa senda que os lleva a la Verdad.
Yo desgarraré mis entrañas posesas de Vo-
luntad

hacia la única Valentía
—convertir el Mal en Bien—
depositándolas en Vuestras Manos,
para que perfumadas por Vuestros Ideales
justamente rebeldes,
sean la Antorcha
que dejan en ridículo las amenazantes sombras
del Abismo que amamanta los Opresores.
¡Con qué Alegría me encuentro entre vosotros,
compañeros en la Vida y en la Muerte,
camaradas en el Dolor y en el Placer,
con qué Alegría...
y al mismo tiempo
con qué Tristeza,
hermanos de mis Ensueños,
hermanos de mis Ideales,
hermanos de mis Cariños,
hermanos Míos!

Yo desenmascararé a vuestros falsos Após-
[toles

que al engañaros os venden...
¡Hay! ¡Hay!
¡Atrás, canallas!
¡Me han herido, hermanos!
¡Ahora veréis!
He venido al Mundo
A vengar,
A destrozar,
A consumir...
¡Cómo me duele compañeros!
¡No importa!
¡Tomad mi sangre!
¡Vosotros mismos abridéis más mi herida!
¡Olvidemos!
Camaradas del Infortunio,
camaradas en la Injusticia,
camaradas que vivís muriendo.
He venido al mundo
para redimiros y libertaros
de las garras de la Burguesía.
No véis mis ojos que taladran
cuando hacia ella miran,
y en cambio cuando a vosotros besan
viven en santa alegría.
Ni vengo a vengar,
ni vengo a dsstrozar,
ni vengo a consumir,
ni vengo...
ni vine.
He venido a desenmascarar,
a romper construyendo,
a besar corrigiendo,
a olvidar...
a olvidar aquello que jamás...
jamás, debía haber nacido.
¡Yo sé quién soy!
¡Y puesto que sé quien soy, aquí me
tenéis!
¡Venga esa mano, Trabajador!
¡Venga la tuya, Trabajadora!
¡Así, Varonilmente!
¡Así, Femeninamente!
¡Nada de neutrismos!
¡Eso es sangre!
Sentís frío?
¡No tengáis miedo!
Son los latigazos de la Vida
los que me ponen frío,
tan frío,
tan intensamente frío,
que parece que la Muerte me ronda.
Pero... pasa... me sonríe... y luego... Nada.

Ya no solamente os saludo,
ya os quiero.
Acabo de nacer en la Vida Obrera,
y ya siento en mí
las caricias de vuestra vista estallante
de Inquietud, de Esperanza.
Ya estoy seguro que en vuestro Corazón,
palomar de buenos sentimientos,
hay un Trabajador,
un Trabajador que jamás olvidaréis.
Un Trabajador que os saluda
y os quiere siempre.

BURGOS LECEA

La fiesta de los humildes

En el mundo entero consagran hoy todos los proletarios sus alegrías, sus optimismos, sus entusiasmos, a la Fiesta del Trabajo, y de sus labios sale un ¡viva el Primero de Mayo!, como un tributo espontáneo de simpatía, como una ofrenda de amor, como un día de esperanza, y es como un signo de reconocimiento y de admiración para esos millones de seres humanos, respetables y no respetados, que se pasan la vida produciendo para los demás, en medio de la monotonía doliente de la pobreza y no poseen más pago que las alabanzas mudas de la propia conciencia, sin más aliciente que la conquista del mal llamado pan de cada día, sin más consuelo que los cariños del hogar, esto cuando la burguesía no lo perturba, abusan lo de la desunión de los mismos proletarios.

¡Es necesario despertar! Todos, como un solo hombre, para ver las injusticias que los poderosos cometen con los humildes, porque en esta España de grandes tiranos continúan pereciendo de hambre hombres, niños y mujeres, mientras se enriquecen unos cuantos señores que consumen lo que el obrero produce con su sudor y su sangre.

Por este motivo, hoy, día grande para los que trabajan, no puede por menos el que escribe estos mal trazados renglones que dirigirse a sus hermanos de explotación y esclavitud, para aconsejarles que hagamos profesión de fe en este glorioso Primero de Mayo, que tan unidos estamos todos, y a no descansar hasta que adquiramos la fuerza necesaria para implantar nuestros sacrosantos ideales reivindicadores, que serán los que, más tarde o más temprano, darán al traste con los egoísmos del feroz capital, que es la fiera que devora los pueblos.

Yo, cuando me manifiesta algún enemigo de nuestros ideales que si los marxistas somos revolucionarios, suelto una carcajada. ¡Que si somos revolucionarios! ¿Pero es que no lo veis? Somos revolucionarios, pero lo decimos de tarde en tarde, porque hay quien siente la revolución con los labios y no con el corazón, y manifestándolo pocas pocas veces, es porque nos satisface más serlo que decirlo; lo somos, pero razonablemente y reflexivamente; y siéndolo así, es como más revolucionarios nos conceptuamos, sin tener a cada momento en los labios la palabra de revolución...

En nosotros, el sentimiento revolucionario ha sido determinado por nuestro cerebro, lo que equivale a afirmar que hemos engrandecido el sentimiento. Por eso hoy tenemos que luchar todos unidos, sin tenernos unos por más revolucionarios que otros; fijaos cómo la pri-

mavera ofrece al hombre en sus anuales grandes enseñanzas, que el hombre no sabe aprovechar, ruin rebaño que camina por los senderos de la vida desde que el mundo es mundo, arqueando lomos bajo el criminal látigo del burgués. La primavera trae la fecha de Primero de Mayo, y con esta gloriosa fecha salen las flores, que parece que animan con sus colores y sus perfumes a cumplir la frase del maestro: «¡Proletarios de todos los países, uníos!» Es que, seguramente, uniéndose los proletarios, pueda ser que, no tardando mucho, formemos las barricadas de la revolución social, y así pediremos guerra contra el capital y amor para los que trabajan.

¡Oh fecha de redención y enaltecimiento!

Cada año, poco a poco, va aumentando el número de manifestantes, que demuestran que los que dormían despier-tan; y es que las ideas se han renovado; la labor tozuda, dura, incansable, del gran Pablo Iglesias, que supo retirar a los trabajadores del contacto asqueroso del vicio y procuró vislumbrarles en su mente las bibliotecas, para que procuran lo más pronto emanciparse del yugo afrentoso del régimen capitalista.

Por eso, hoy, Primero de Mayo, es la verdadera fiesta de amor y de paz, y los balcones y ventanas que años pasados se cerraban al paso de los manifestantes, se abren ahora al paso de los proletarios, que detrás de sus rojas banderas van hacia el logro de sus aspiraciones que, bajo el claro sol de mayo, da alientos de una vida más santa y más justa, y proclamando a cuatro vientos las santas palabras del inolvidable maestro Carlos Marx:

«¡La emancipación de los trabajadores es obra de los trabajadores mismos!»

FRANCISCO RUANO GARCIA

La lucha de clases en el Ayuntamiento de Madrid

No cabe el dilema de admitirla o rechazarla: la lucha de clases existe dentro de las dependencias, de los talleres, de los colegios, de las instituciones municipales; y, puesto que la lucha de clases es un hecho, no hay más que atenerse a él.

Aún tienen los empleados, en su inmensa mayoría, el prejuicio de creerse cosa distinta a la de obrero. Eso es un error. Obrero es todo aquel asalariado o jornalero que si no presta un servicio carece de medios de vida; el adjetivo no hace a la cosa.

También se confunden en la práctica los términos de proletario y burgués. Burgués, en la acepción más amplia de la palabra, es quien disfruta no realizando esfuerzo propio; y en un sentido más restringido: burgués es quien disfruta a costa del trabajo ajeno.

Pues bien: según eso, los empleados, los burócratas en general, ¿son burgueses? ¿Que han de serlo! ¡Si sufren más agobios, acaso, que nadie!

Por el contrario, se entiende generalmente por proletario al obrero, al artifice manual de un taller, de un tajo o de una empresa. ¿Y qué es el empleado, el oficinista, sino eso? ¿Me quiere decir un escribiente, en general, si se queda cesante, qué es lo que sabe hacer? Escribir y cuentas. Eso, según la obligación en que están los Estados modernos, lo

saben todos, o lo deben saber todos los ciudadanos. De donde se deduce que el empleado, a secas, no hace sino lo que podría hacer cualquiera.

Y si se deja la expresión genérica de empleado, y se va a especialidades, como contable, redactor, corresponsal, agente, ¿qué son, sino obreros, que si no trabajan no cobran?

Cifando, además, el asunto al Ayuntamiento, se halla otra conclusión: El empleado que, aunque no quiera llamarse obrero, lo es; el empleado de últimas categorías, ordinariamente, es el paria más desgraciado de los parias. Él necesita vivir bien, aparentemente, al igual de otros empleados superiores con los que se codea, y de ahí le nacen las trampas. ¡El ochenta por ciento de los empleados municipales no perciben el sueldo íntegro! Entre el tendero, el sastre y otras gabelas queda mermado antes de salir de la habitación; y aún hay más: un cuarenta por ciento no pudo administrarse en forma de atender sus compromisos particulares, y ve aumentadas sus deudas con la retención judicial. Y todo esto no es por vicio, es por miseria. La miseria del empleado es una trágica miseria que no se puede reducir a palabras.

¡Y no son obreros! ¡Qué han de serlo! El obrero, tal como lo entiende el empleado, está mucho mejor, tuvo la conciencia de que era explotado y procuró evitarlo: el empleado aún no se ha dado cuenta de su explotación.

Y es que al empleado se le explota en más formas y con más medios a la vez. Él no puede ocultar su posición como los potentados, y así paga las cédulas y las contribuciones justas, es decir, máximas. Él no puede negarse a pagar una cosa absurda que contrató en un momento de angustia, y paga el absurdo, y encima intereses y costas judiciales. El no puede ponerse en rebeldía contra un jefe avinagrado porque éste le puede cargar el peor trabajo. Él no puede aspirar a la justicia, porque lleva tal sedimento de amargura en su vida que sólo aspira a la venganza. Él no puede..., ¡él no puede nada!

Tal como estamos no es posible continuar. Hoy somos obreros de la pluma con múltiples patronos. Hoy nos tiraniza el patrono primero, que es la recomendación; y el patrono segundo, que es la cuquería (hay Negociado donde sobra la mitad de la gente, y hay Negociados donde son precisos tres veces más de los que hay), y nos tiraniza el patrono tercero, que es la Corporación, que ha tomado las oficinas como un asilo, pero como un asilo que no diera más que la sopa, que, tal como están las cosas, para sopa no más da el Ayuntamiento a muchos de sus empleados; y viene luego otro patrono, salido de nosotros mismos, que es el conjunto de jefes y jefecillos, y sálvese el que pueda, que no saben de nuestros padecimientos, porque la inmensa mayoría de ellos no entraron como escribientes, sino que sentaron plaza muy por encima de escribientes...

No hay que enumerar más. Nos falta el compañerismo, nos falta la conciencia de clase, y hay que adquirirla, y de paso luchar contra las otras clases, puesto que ellas nos combaten.

Somos una clase explotada, somos unos trabajadores. Parodiemos la gran frase: *Trabajadores del Municipio, uníos*. Dejad a un lado la cáscara del nombre, id adentro, al corazón: todos somos asalariados, unámonos.

RICARDO FRANCO

La guerra de Marruecos es un cuervo que devora las entrañas del país.

Nos hablan de la patria y nos dicen que hay que aniquilar la ajena, cuando nosotros no tenemos más patria que la Humanidad. ¡Patriotismo, patriotismo! Nosotros contestamos: Biotinto, Peñarroya,

Imp. de Felipe Samarán. Embajadores, 64. Teléfono 14-51 M